



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

Filipenses 2:5-8

Volvemos hoy amigo oyente, al capítulo 2 de esta epístola del Apóstol San Pablo a los Filipenses y vamos a comenzar leyendo otra vez el versículo 5, que fue donde dejamos en nuestro programa anterior; bueno leímos el 6, pero vamos a volver ahora al versículo 5, y allí dice:

⁵Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, (Fil. 2:5)

Ahora, ¿qué clase de sentir era ese? Bueno, hoy vamos a ver los siete pasos de Su humillación. Y Él descendió, bajó, bajó, y bajó a este mundo hasta llegar al lugar donde nosotros estamos. Usted y yo ni siquiera podemos concebir lo que era ese gran paso que Él tomó, el de dejar la gloria celestial para bajar aquí a esta tierra. Esto es algo que está más allá del entendimiento humano para poder llegar a comprenderlo, y lo que el Señor Jesucristo hizo en realidad por nosotros. En las islas de Hawái, cerca de la ciudad de Honolulu, existe una zona que se llama Poli. Esta es una zona donde existe rocas escarpadas y muchos precipicios. No sabemos la profundidad de estos precipicios, pero imaginamos que tienen unos cientos de metros. Cuando uno mira, hacia abajo en uno de esos precipicios, puede observar un campo de golf.

Ahora, cierto hombre, contemplando desde esa altura el campo de golf, dijo: “Cómo me gustaría poder ir allí abajo y poder jugar un poco de golf”. Otro amigo que lo escuchó, le dijo: “¿Sabes una cosa, no hay mucha distancia de aquí hasta allá abajo, pero el primer paso que tienes que dar es un paso bastante grande”. Y así es, amigo oyente, ese primer paso sería un paso bastante grande, de varios centenares de metros de profundidad. No creemos que uno sea capaz de jugar golf después de dar un paso así. Pero nuestro Señor Jesucristo descendió de la gloria que tenía en el cielo hasta que llegó aquí abajo en la tierra, y podremos apreciar en nuestra lectura del día de hoy, estos siete pasos que Él tomó. El versículo 6 nos menciona el primer paso que Él tomó, y allí nos dice:

⁶el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, (Fil. 2:6)



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

Aquí tenemos algo sobre lo cual tratamos de hablar un poco brevemente en nuestro programa anterior y queremos volver a mencionarlo para continuar con los siete pasos de la humillación del Señor Jesucristo. Lo que aquí quiere decir en realidad, con esto de que el Señor Jesucristo no estimó el ser igual a Dios, es que para Él no era algo a lo cual Él debía aferrarse. No había ningún peligro de que Él perdiera su lugar y su posición en la deidad a causa de alguna falta de parte Suya, o de la habilidad y ambición de algún rival. Él era Dios sin necesidad de realizar ningún esfuerzo. Él no realizó ese descenso del cielo a la tierra de mala gana, o disgustado, y no se le oyó murmurar cosas como a veces se oye: “Ah, a mí no me gusta dejar el cielo”. O tal vez: “Ah, yo no quiero ir allá abajo; eso es algo que, a mí, no me gusta hacer”.

No, amigo oyente; Él no se aferraba a la posición que Él tenía. Él descendió a esta tierra gozosamente, y no existía ninguna clase de peligro de que Él pudiera perder Su posición o de que Él dejara de ser Dios. Él no dijo (y tengo que tener cuidado con lo que digo ahora) – no creo ser irreverente o irrespetuoso cuando digo lo siguiente, pero, Él no se acercó a Dios al Padre y le susurró en un oído diciendo: “Por favor, ten cuidado y guarda mi lugar aquí, aquí a tu diestra. Ten cuidado con Gabriel. Creo que él quiere ocupar mi lugar. Y cuando yo esté ausente de aquí por 33 años, quizá él trate de ocupar mi lugar. Es por eso que no tengo deseos de ir”. Amigo oyente, Él no descendió de esa manera. No había peligro para que Él pudiera perder nada de lo que tenía. Él hizo eso gozosamente. *Por el gozo puesto delante de Él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio.* Él descendió hasta este mundo. Él no estaba aferrándose a esa posición que tenía. Tampoco fue algo que Él hizo por fuerza o por obligación. *Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo unigénito, y eso fue como un regalo.* Ahora, un regalo no es algo que se da a la fuerza. Si es así, pues, ya no es un regalo. Él bajó aquí de Su propia voluntad. Si no hubiera sido así, no hubiera sido un sacrificio como bien podemos apreciar. Así es que, Él bajó gozosamente a este mundo. Él dejó la gloria del cielo y descendió a esta tierra. Ahora, en el versículo 7, de este capítulo 2 de la epístola a los Filipenses, tenemos el segundo paso; se nos dice en este versículo 7:



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

***7sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres;
(Fil. 2:7)***

Esta palabra despojarse que tenemos aquí, y de aquí es de donde sale la teoría de "Konosis", es la palabra "Konaho". Esto quiere decir que Él se vació a Sí mismo. Ahora, siempre ha existido la pregunta, ¿de qué se vació a Sí mismo? Había algunos que opinaban que algunas de las primeras herejías tenían que ver con que Él se vació a Sí mismo de su Deidad; que cuando Él bajó, la deidad bajó hacia Él cuando fue bautizado, y que le dejó otra vez cuando Él estuvo en la cruz. Bueno, aquí tenemos en este versículo muy claramente expresado que Él se vació a Sí mismo de algo, pero que Él no se vació a Sí mismo de Su deidad. Aun cuando Él era un bebé, en los brazos de su madre María, Él era Dios, un ciento por ciento. En esa ocasión, Él era una criatura que dependía de Su madre. Sin embargo, en ese mismo instante, Él podría haber destruido a todo este universo. ¿Por qué? Porque Él es Dios. Y Él era un ciento por ciento Dios en esa ocasión. No un 99 1/2%, sino más bien un 110%. En ningún momento Él dejó de ser Dios, aun cuando Él descendió como un niño para nacer en Belén.

Se nos dice en este versículo que Él se vació a Sí mismo. ¿De qué fue entonces, que Él se vació a Sí mismo? Estamos convencidos que Él se despojó a sí mismo de algo. Bueno, creemos que Él se despojó a Sí mismo de la prerrogativa de Su deidad. Cuando él descendió a la ciudad de Belén en la época de Navidad, nosotros hacemos mucha alharaca del hecho de que había pastores y magos en esa ocasión. Por supuesto que ellos no llegaron allí hasta dos años más tarde, pero esto parece no molestar a las celebraciones Navideñas que nosotros tenemos. Y allí estaba el ángel Gabriel, y allí estaban las huestes celestiales y nosotros pensamos que eso era algo fantástico. Bueno, amigo oyente, debemos decir que no estamos muy de acuerdo con eso. Él es Dios. ¿Sabía usted, amigo oyente, que en lugar de unos pocos ángeles y en lugar de unos pocos pastores presentes en ese lugar, sabía usted que todo el universo tendría que haber estado allí? Cada criatura creada debería haber estado allí porque ellos tendrán que inclinarse ante Él algún día; todos tendríamos que haber estado allí. César mismo tendría que haber estado allí. Todo el imperio romano tendría que haber estado allí.



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

La religión tendría que haber estado allí. El templo tendría que haber estado vacío el día que Él nació, y todas las personas tendrían que haber dirigido sus pasos hacia la ciudad de Belén, ya que Él nació allí. Pero no fue así. Ahora, ¿por qué no los obligó Él a hacer eso? Porque Él dejó a un lado sus prerrogativas de deidad. Él no obligó a nadie a hacer nada. Él estaba dispuesto a ir y nacer en ese pesebre.

Nosotros siempre representamos en la época navideña a ese pesebre como algo muy limpio, pero no fue así, amigo oyente. Ese era un lugar bastante sucio, por cierto. Alguien puede decir, quizá: “Bueno, ese era el mismo lugar donde dormía la gente.” Estamos seguros que ellos estaban en una habitación próxima, amigo oyente. Pero debemos destacar que ese lugar no era muy limpio ya que allí se encontraban todos los animales y ese fue el lugar donde Él nació. Luego, Él fue a la ciudad de Nazaret, una ciudad pequeña, vieja, miserable. Y Él creció en ese lugar. Él era un carpintero, desconocido, y sin embargo, más gente ha oído hablar de Él que de cualquier otra persona, con excepción de Abraham. Él ha sido una figura mundial, y creció, trabajando en un pequeño taller de carpintería.

Él dejó a un lado Su prerrogativa de deidad. Él podría haber tenido la gloria Shekinah con Él todo el tiempo, pero no lo hizo. A Él se le representa siempre en cuadros con una aureola alrededor de Su cabeza. Él no tenía una aureola sobre Su cabeza, amigo oyente. Judas, en la noche que Cristo fue arrestado, – usted recuerda – tuvo que acercarse a Él y besarle para que los soldados pudieran saber quién era. Él no se destacaba de esa forma entre los demás. Es una gran equivocación el pensar que Él iba de un lugar a otro con una aureola y con Su cabeza por allá entre las nubes y siempre mirando hacia arriba. Él, amigo oyente, era un ser humano, así es como Él se había manifestado. Él era Dios manifestado en la carne y dejó a un lado todas esas prerrogativas o privilegios.

Ahora, alguien quizá nos pregunte: “¿Están seguros de eso?” Bueno, creemos que lo estamos. Cuando Cristo había finalizado Su ministerio, – y usted recuerda que Él se reunió con los suyos esa última noche, – en la oración que Él tuvo en esa ocasión, Él expresó algunas cosas maravillosas. Nos



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

estamos refiriendo a esa oración del Señor que se menciona allá en el capítulo 17 del evangelio según San Juan. Escuche lo que Él dijo, una de las cosas que Él expresó en esa oración, fue lo siguiente: *Ahora, pues, Padre, glorifícame Tú para contigo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.* ¿Ha notado eso, amigo oyente? Él dice: *quiero la gloria que antes tenía.* Él decía, *Quiero que esa gloria me sea restaurada.*

Aparentemente, Él había dejado a un lado ese privilegio de la deidad, la vida de gloria. Eso se pudo apreciar en varias ocasiones, como usted ya bien sabe, y que por cierto tuvo lugar después de Su resurrección. Pero, ahora, Él dice, cuando Él estaba por regresar al cielo: *Glorifícame Tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes.* Obviamente Él había dejado eso a un lado. Él no dejó a un lado su deidad. Jesucristo es el Señor, es el credo más antiguo de la iglesia primitiva. El señorío de Cristo es la esencia misma del cristianismo. Y el versículo 6, de este capítulo 2, de la epístola a los Filipenses y la primera parte del versículo 7, nos dicen:

“el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, ^{7s}sino que se despojó a sí mismo, (Fil. 2:6-7^a)

Ahora, el tercer paso dado por Cristo hacia abajo fue el siguiente: *tomando forma de siervo.* Él vino a este mundo como siervo. Él era un carpintero. Nos suponemos que, si usted hubiera vivido en la ciudad de Nazaret en aquel día, usted podría haber ido a él y decirle: “Jesús, tengo algunas reparaciones que necesito hacer en mi casa; se ha roto la puerta de mi casa y quisiera preguntarle si usted puede venir a arreglarla”. Y creemos que Él hubiera respondido: “Como no, estaré allí enseguida”. Y usted puede apreciar, amigo oyente, que Él tomó la forma de siervo. Él podía haber nacido en el palacio de César. Él era un rey, pero Él nunca reclamó eso durante los primeros años. Él nunca lo hizo hasta cuando entró a la ciudad de Jerusalén en la así llamada entrada triunfal. Pero, hasta ese instante, Él había tomado la forma de siervo. Así es como Él vino a este mundo.



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

Uno habla acerca de los trabajadores hoy, los hombres humildes, los hombres pequeños. Bueno, así es como Él vino a este mundo. Él no sólo vino como un ser humano, sino que Él también vino a formar parte del grupo formado por la mayoría de nosotros en el día de hoy, la gente pequeña. Así es como Él vino a este mundo, *tomando forma de siervo*.

Notemos, ahora, el cuarto paso hacia abajo: *Hecho semejante a los hombres*. Amigo oyente, por mucho tiempo esto no nos impresionó mucho porque, después de todo, bueno, yo soy un hombre y me gusta ser un hombre. Opino que existe cierta dignidad de ser un ser humano que es maravillosa. Él ser *semejante a los hombres*. ¿Cómo puede ser eso humillante? Es muy difícil, pues, para mí el clarificar este punto para usted, amigo oyente, que Aquel que es el Señor de este universo, y el Creador de este universo, y quien creó al hombre, fuera para Él algo humillante el tomar la forma de un hombre, el de ser hecho semejante a los hombres. Él fue un hombre aquí abajo. Él no sólo vino aquí para redimir a la humanidad sino para revelar a Dios ante la humanidad. ¡Cuán importante fue eso porque nosotros conocemos algo acerca de Dios! No sabemos mucho excepto lo que Él nos dijo cuando Él estuvo aquí en la tierra y se convirtió en un hombre, y nos enseñó mucho acerca de Dios. Y de la única manera en que usted, amigo oyente, puede conocer a Dios es por medio del Señor Jesucristo, quien es Dios. Pero Él se hizo semejante a los hombres.

Cierta niña fue enviada a dormir a su cuarto. Su mamá le dijo que se fuera a su cuarto y que se acostara en su cama, que apagara la luz y se durmiera, pero ella comenzó a llorar y a llamar a su mamá. Esta le dijo: “¿Qué es lo que te pasa?” La niña le contestó: “Yo quiero tener alguien aquí conmigo. No quiero estar sola”. Y la madre le dijo: “Dios está aquí contigo”. Por un momento la niña se quedó callada, luego dijo: “Pero mamá, quiero tener a alguien con un rostro”. Y amigo oyente, el Señor Jesucristo es Dios con un rostro. Él dijo en cuanto a Sí mismo: *Yo soy el agua de vida. Yo soy el pan de vida*. Bueno, yo conozco algo acerca del pan y también sé algo acerca del agua, y ahora sé algo acerca de Él también. Él dice: *Yo soy la puerta*. Ahora, Él no solamente arreglaba puertas como carpintero que era, sino que Él era la puerta. Y también conozco algo acerca de puertas, ya que tengo puertas en mi



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

propia casa. Y usted también conoce algo de puertas. Él dice: *Yo soy la vid verdadera*. Y nosotros conocemos algo acerca de la vid. También conozco algo más; Él dice: *Yo soy la vida, y Yo soy el camino*. Estas palabras nos dicen mucho acerca de Él y acerca de quién es Él. Él vino para revelarnos a Dios.

Notemos lo que dice este versículo que estamos leyendo. *Hecho semejante a los hombres*. Y vuelvo a repetir que me gusta ser un hombre y que no puedo ver que esto sea algo humillante, el de llegar a ser un hombre. Pero fue eso para Él, el tener que abandonar la gloria del cielo y convertirse en un hombre.

Permítanos ilustrar eso de una manera bastante sencilla. Creemos que en todas partes existen las hormigas. Que en algunas zonas, cuando llega el invierno, parecería que las hormigas desaparecieran. Uno pensaría que están todas muertas debido al frío, pero a pesar de eso las hormigas todavía siguen con vida, aunque no están tan activas como lo estaban durante el verano. Al observar a su alrededor durante el invierno uno pensaría que no existe ninguna clase de hormigas. Pero de pronto cuando cambia el tiempo, se aparecen por todas partes.

Cuando uno menos lo piensa, aparecen las hormigas en el azúcar, en el pan, en el dulce, les gusta ir donde está el agua y la única forma de librarse de las hormigas es por medio de un exterminador de insectos. Ahora, estas personas pueden llegar a su casa una o dos veces por año, ponen insecticidas por todas partes y, entonces, uno no ve ninguna clase de hormigas por la casa. Cuando algo así ocurre, quizá las hormigas se reúnen para realizar una asamblea, una reunión de protesta en cuanto al dueño de la casa. Posiblemente dicen: “Ese hombre que vive en esa casa no nos quiere a nosotros y a nosotros no nos gusta la forma en que él actúa. Está atacando nuestra libertad. Él nos está destruyendo”.

Quizá hasta se ponen a marchar de un lado a otro con carteles y van al frente de la casa. Quizá lo hagan, pero el dueño de casa no se da cuenta de eso. Estamos seguros que ellas no tienen mucho interés en ese hombre porque está matando a sus compañeras. No hay ninguna duda en cuanto a eso.



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

Pero quizá ese hombre, en realidad, no odie a las hormigas. Ese no es su problema. Quizás dejaría que las hormigas vivan como quieran. Si este hombre pudiera comunicarse con esas hormigas, quizá les podría decir: “Miren, hormigas, ustedes permanezcan fuera de mi casa. Dejen tranquila el azúcar, el pan y el agua en la casa, y yo pondré azúcar y agua afuera para ustedes”. Quizá podría hacer eso, y lo haría porque ese hombre, en realidad, no odia las hormigas. Pero ellas no saben eso. Ahora, supongamos que él pudiera comunicarse con ellas; ¿cómo podría hacer eso?

Bueno, supongamos que este hombre se pudiera convertir en una hormiga a sí mismo – llegar a ser una de ellas, y comunicarse con ellas en el idioma de las hormigas, y comunicar así su mensaje. Ahora, si este hombre pudiera, quizá lo haría. Pero, probablemente ni quisiera tratar de hacerlo. Y, ¿sabe por qué, amigo oyente? Porque algunas otras personas podrían enterarse de que él se convirtió en una hormiga y entonces podrían decir: “Pisa esa hormiga”. Y este hombre entonces, no quiere convertirse en una hormiga. No quiere arriesgarse a que eso suceda. Pero suponiendo que él se convirtiera en una hormiga y se comunicara con ellas, amigo oyente, eso sería para este hombre una experiencia humillante.

Pero, amigo oyente, el que este hombre haga eso y se convierta en una hormiga no es nada comparado con lo que el Señor Jesucristo hizo cuando Él dejó la gloria del cielo y vino aquí a este mundo y se convirtió en un hombre. Fue una verdadera humillación para Él, el convertirse en un hombre y Él fue entonces, hecho semejante a un hombre. ¡Cuan tremendo es todo esto! Se convirtió en uno de nosotros y eso fue humillante para Él.

El quinto paso que tenemos es mencionado en la primera parte del versículo 8, de este capítulo 2, de la epístola a los Filipenses, donde dice:

8ª y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, (Fil. 2:8ª)



Filipenses

Filipenses 2:5-8

Programa No. 0758

La realidad es que Él no fue humillado por otras personas. Hay muchos de nosotros, estoy seguro de esto, que hemos sido humillados por otra persona que ha dicho o ha hecho algo, pero a Él no le sucedió eso. Él se humilló a sí mismo, y esa es una de las cosas más difíciles de hacer.

Amigo oyente, debemos decir que es muy difícil para nosotros el ocupar un lugar humilde. Sin embargo, el Señor Jesucristo hizo eso. *Haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.* Y veremos esto, Dios mediante, en nuestro próximo programa. Mientras tanto, le sugerimos leer y meditar en el resto de este capítulo 2 de la epístola a los Filipenses y estar así preparado para obtener de este estudio, el mayor provecho posible. Antes de culminar este programa dejamos con usted estas palabras del Apóstol Pablo: *Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo.* Hasta nuestro próximo programa, amigo oyente, ¡que el Señor le bendiga es nuestra ferviente oración!